



JORGE COMENSAL

**Yonquis
de las letras**

La Huerta Grande
Ensayo

Yonquis de las letras

COLECCIÓN DE ENSAYO
La Huerta Grande

Jorge Comensal

YONQUIS DE LAS LETRAS



© De los textos: Jorge Comensal

© De la *Carta de Gian dei Bruggi al autor*: Amelia de Paz

© De la ilustración: Alberto Durero, *Apocalipsis cum figuris* (1498)

Madrid, octubre 2017

EDITA: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN13: 978-84-171180-8-2

D. L.: M-28296-2017

Diseño cubierta: Enrique García Puche para TresBien Comunicación
Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra, 27 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/Printed in Spain

0

DE TODOS LOS APETITOS, leer es el más tramposo. Parece una costumbre inofensiva, pero tiene sus peligros y locuras, excesos y trastornos. Opio, bingo, sexo, tabaco, Biblia, marihuana... Los libros también enganchan la vida a su consumo. La historia de la lectura está plagada de sobredosis: san Pablo, don Quijote, sor Juana, Emma Bovary, Adolf Hitler. He reunido decenas de casos en un cuaderno que no verteré aquí exhaustivamente para evitar que este ensayo se convierta en un gabinete de curiosidades. Quiero, como todos los que venimos siguiendo los pasos de Montaigne, darme a entender a mí mismo —el ensayo como acto de narcisismo caníbal—. ¿Por qué aspiro a leerlo todo? Aquí busco una respuesta que tal vez sirva de espejo para otros lectores insaciables, compulsivos.

Por lo pronto reconozco que los excesos me resultan familiares. Mi abuela solía decir «Me gusta la copita» al borde de la congestión alcohólica. Mi padre

volvía a casa dando tumbos y me encontraba, como siempre, a solas con un libro. «Estás loco», balbucía. Ninguno de los dos se percataba de cuánto nos parecíamos. Heridos por el mismo fuego, tratábamos de apagarlo con gasolina.

1

De vacaciones forzadas en el rancho de un pariente, al calor de una fogata concurrida, un tipo de bigote nietzscheano y cultura paleolítica me preguntó qué quería estudiar cuando fuera a la universidad. «Letras», le respondí con orgullo quinceañero. «Para eso no estudie —me dijo—, que yo se las enseño: a, b, c...». No me ofendió la broma simple sino la carcajada unánime que provocó. Sentí mi soledad elevarse al cuadrado. Para calmarme pensé en *Si te dicen que caí* de Juan Marsé, la novela que estaba leyendo. En medio del desierto de Coahuila, mi cerebro se fugó a Barcelona con Java y Sarnita; sin ellos el purgatorio de aquellas vacaciones habría sido un infierno. Muchas veces pasó lo mismo. La enfermedad, el luto y despecho, una adolescencia infame que recuerdo sin odio gracias a los libros. Mi dicha fue con ellos solamente, una vida de mierda con perfume de azahar.

2

Los elogios de la lectura suelen componerse de lugares comunes. En México, las campañas de promoción literaria recurren a toda clase de necesidades para difundir el mensaje de que conviene leer «veinte minutos al día», como si hacerlo ayudara a bajar el colesterol, o de que «No hay mejor medicina que un buen libro», creencia que los diabéticos espero no compartan.

No es lo mismo un lugar común que un lugar de comunión. El primero inhibe el pensamiento, el segundo lo estimula. Decir que el *Quijote* es la mejor novela de todos los tiempos podría ser cierto, pero no sirve más que para encerrarla en una vitrina de prestigio inerte. Por el contrario, evocar episodios quijotescos cuando viene al caso siempre será un lugar de encuentro para sus lectores. Me acuerdo, por ejemplo, de cuando Sansón Carrasco, Sancho y don Quijote —lector compulsivo que enloquece— discuten a principios de la segunda parte de la novela sobre la composición de la primera, que para entonces ya

andaba impresa por todos lados. El ingenioso hidalgo juzga «que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que a tienta y sin algún discurso se puso a escribirla». Aunque sabemos que el supuesto autor es el moro Cide Hamete Benengeli, no está mal pensar estas líneas como un guiño de autoescarnio: Cervantes confiesa haberse puesto a escribir el *Quijote* sin saber muy bien a dónde iba, improvisando dichos y hechos de tal suerte «que ha mezclado el hideperro berzas con capachos», como bien dice Sancho. Don Quijote teme que su historia resulte tan enredada «que tendrá necesidad de comentario para entenderla», pero Sansón le asegura que «es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: “Allí va Rocinante”». Así, el *Quijote* no tardó en convertirse en lugar de comunión para *todo género de gentes*.

La lectura induce estados alterados de conciencia que pueden trastornar la mente. Que las letras enloquecen es un lugar común tan antiguo que ya aparece en la Biblia. Quiero ir desde ese lugar común hasta un lugar de comunión: el goce de esta locura. ¿Qué nos lleva a leer viciosamente? ¿Qué revela sobre nosotros, yonquis de las letras? ¿Quiénes somos, por qué nos odian? Buscar una respuesta tal vez sirva de elogio de la literatura. Con eso basta. El lector compulsivo vive mil años todas las noches. No está mal para una especie como la nuestra, obsesionada con la inmortalidad.